


UNA RELACIÓN
PERFECTA
WILLIAM TREVOR



 narrativa
salamandra

Desde un hombre que regresa a Venecia para cumplir la promesa que hizo a su esposa, perdida en el mundo sin recuerdos del Alzheimer, hasta una mujer que observa cómo su marido se prepara para reunirse por última vez con su amante, las historias de este libro hablan de oportunidades perdidas.

WILLIAM TREVOR

Una relación perfecta

Traducción de

Isabel Ferrer

Salamandra

Título Original: *Cheating at Canasta*

Traductor: Ferrer, Isabel

Autor: Trevor, William

©2012, Salamandra

Colección: Narrativa

ISBN: 9788498384611

Generado con: QualityEbook v0.63

La hija de la modista

Cahal roció con WD-40 el único tornillo que se resistía a su llave inglesa. Todos los demás habían salido con relativa facilidad, pero éste había quedado incrustado por el óxido y el tubo de escape colgaba de él. Había intentado desprenderlo a martillazos y forzar el tubo a uno y otro lado con la esperanza de que algo cediese, todo en vano. A las cinco y media, le había dicho a Heslin, y a esa hora el condenado coche no estaría listo.

Siempre tenían encendidas las luces del taller, porque unas estanterías tapaban las ventanas que se extendían en la pared del fondo. Coches abandonados, conservados por sus piezas, coches y motos en espera de recambios y gatos con ruedas ocupaban el poco espacio restante a ambos lados del pequeño despacho de madera, también al fondo. Había bancos de trabajo con tornos y soportes de herramientas adosados a una pared, e hileras de neumáticos reparados y otros nuevos, así como toneles de grasa y aceite. En el centro del garaje había dos fosos, y en ese momento el padre de Cahal, dentro de uno de ellos, estaba montando un embrague. En la radio alguien daba consejos acerca del cuidado de los peces en un acuario.

—¿Quieres apagar eso? —vociferó el hombre desde debajo del coche en que trabajaba, y Cahal recorrió las bandas de frecuencia hasta encontrar música de los tiempos de su padre.

Era el único hijo varón en una familia de mujeres mayores que él y que se habían marchado del pueblo, tres a

Inglaterra, otra a Galway para trabajar en Dunnes y otra a Nebraska para casarse. El taller era cuanto Cahal conocía, porque desde niño hacía allí compañía a su padre, que con los años empezó a encargarle alguna que otra tarea. Por aquel entonces, su padre tenía un empleado, un viejo pariente, al que Cahal sustituyó con el paso del tiempo.

Probó otra vez con el tornillo, pero el WD-40 aún no había hecho efecto. Cahal era un joven delgado, casi flaco, moreno, de rostro alargado al que rara vez afloraba una sonrisa. Encima de una camiseta amarilla llevaba un mono de mecánico, manchado de grasa y desvaído allí donde había perdido su color verde a fuerza de lavados. Contaba diecinueve años.

—Hola —saludó una voz.

En la amplia puerta abierta del taller, Cahal vio a un hombre y una mujer, forasteros.

—Buenas —dijo.

—Señor, ¿hay posibilidad de que nos lleve en coche a la santa Virgen? —preguntó el hombre.

—¿Cómo dice? —replicó Cahal, a la vez que oía vociferar a su padre desde el foso, interesado en saber quién había llegado—. ¿De qué Virgen me habla?

Los dos forasteros se miraron y, al no ver el menor indicio de que fueran a responder, Cahal supuso que eran extranjeros y que no lo habían entendido. Un año antes, un alemán había llevado al taller su Volkswagen por un ruido en el motor, o eso le parecía. «Yo ya me había ilusionado pensando que era la cabeza de una biela», reconoció después el padre de Cahal, pero se trataba sólo del cierre del capó, que estaba un poco suelto. Más adelante, una pareja

de norteamericanos había ido a cambiar un neumático de su coche de alquiler, pero desde entonces no había pasado por allí ningún extranjero.

—De Pouldearg —contestó la mujer—. ¿Se dice así?

—¿Es la estatua lo que buscan?

Ellos asintieron, primero con actitud vacilante, luego más seguros de sí mismos, al unísono.

—Pero ¿no van en coche, ustedes? —preguntó Cahal.

—No tenemos coche —contestó el hombre.

—Hemos viajar desde Ávila.

La mujer tenía el cabello negro y sedoso, que llevaba recogido con una cinta roja y azul, ojos castaños, dientes muy blancos y piel aceitunada. Vestía con el desaliño de un viajero: vaqueros y chaqueta de lana sobre una blusa roja a rayas. El pantalón del hombre era igual, y su camisa de un insulso azul grisáceo, con un pañuelo blanco al cuello. Cahal calculó que serían unos pocos años mayores que él.

—¿Ávila? —preguntó.

—España —aclaró el hombre.

El padre volvió a levantar la voz, y Cahal le informó de que habían entrado en el taller dos españoles.

—En la tienda —explicó el hombre— dicen usted nos lleva en coche a la Virgen.

—¿Han tenido una avería? —prorrumpió el padre.

Podía cobrarles cincuenta euros por el viaje de ida y vuelta a Pouldearg, se planteó Cahal. Se perdería el partido Alemania-Holanda por televisión, quizá el mejor encuentro del Mundial, pero cincuenta euros bien valían la pena.

—El único problema es que tengo que montar un tubo de escape —explicó. Señaló el tubo y el silenciador que colgaban del viejo Vauxhall de Heslin, y ellos lo comprendieron. Con un gesto les indicó que esperaran un momento y movió las palmas hacia abajo, como si empujara el aire, dando a entender que no hicieran caso del alboroto que llegaba del foso.

Los dos lo encontraron gracioso.

Cahal probó otra vez a desenroscar el tornillo, y éste empezó a girar. Cuando el tubo de escape y el silenciador cayeron ruidosamente al suelo, levantó el pulgar hacia ellos.

—Podría llevarlos a eso de las siete —propuso, acercándose a los españoles, ahora en voz más baja para que su padre no lo oyera. Los guió al patio de la entrada y se puso de acuerdo con ellos mientras llenaba el depósito a un camión de cerveza negra Murphy's.

Cuando el padre de Cahal llevaba recorridos un par de kilómetros por la carretera de Ennis, giró en la entrada del criadero de caballos para cambiar de sentido y regresó al taller, satisfecho tras comprobar que el embrague instalado para el padre Shea estaba bien ajustado. Aparcó en el

patio, listo para que el religioso recogiera el vehículo, y colgó las llaves en el despacho. Heslin, del juzgado, estaba extendiendo un cheque por el tubo de escape que Cahal había colocado. Este estaba quitándose el mono y, después de marcharse Heslin, anunció a su padre que la pareja que había estado en el taller quería que los llevara a Pouldearg. Eran españoles, repitió, por si su padre no lo había oído en su momento.

—¿Qué se les ha perdido en Pouldearg?

—Nada, sólo van por la estatua.

—Hoy día ya nadie va a la estatua.

—Pues allí quieren ir.

—Pero les habrás explicado de qué va la cosa, digo yo.

—Claro que sí.

—¿Y para qué querrán ir?

—Hay gente que le saca fotos.

Trece años atrás, el entonces obispo y dos párrocos habían puesto fin al culto de aquella estatua situada a la vera de un camino en Pouldearg. Ninguno de los tres, como tampoco los sacerdotes y monjas que visitaron en otros momentos el cruce de Pouldearg, habían percibido nada especial; ninguno vio personalmente las lágrimas que, según se decía, resbalaban de aquellos ojos de mirada baja cuando los penitentes suplicaban el perdón de sus pecados. La estatua pasó a ser objeto de atención en púlpitos y publicaciones religiosas, tachándose de necedad toda afirmación en su defensa. Y por fin un coadjutor de aquella

época demostró que lo que habían observado dos o tres lugareños que solían pasar junto a la estatua —cierta humedad bajo los ojos— no eran más que gotas de lluvia condensadas en dos huecos en exceso rebajados. Y ahí se acabó el asunto. Aquellos que con tal convicción habían creído en lo que en realidad nunca habían visto, aquellos que jamás se habían fijado en las hojas empapadas de las ramas que colgaban a gran altura sobre la estatua, se sintieron tan necios como sus maestros espirituales les habían vaticinado. Casi de la noche a la mañana, la Virgen Llorosa de Pouldearg volvió a ser la imagen pintada que siempre había sido. Nuestra Señora de la Vera del Camino, la habían llamado durante un tiempo.

—No sabía que le sacaban fotografías. —El padre de Cahal cabeceó como si pusiera en duda las palabras de su hijo, cosa que hacía a menudo, normalmente con razón.

—Hace tiempo, había un hombre que escribía un libro. Viajaba por toda Irlanda, localizando estatuas que lloran.

—En Pouldearg era sólo la lluvia.

—Seguro que eso lo cuenta en el libro. Seguro que ese hombre lo explicó todo, que aparecían estatuas por todas partes, y algunas eran auténticas y otras no.

—¿Y ya les has explicado a esos españoles las cosas sobre Pouldearg?

—Claro que sí.

—Vacía de gasolina la moto del joven Leahy y le soldaremos la fuga del depósito.

Las sospechas del padre de Cahal estaban justificadas: la verdad sólo representaba una pequeña parte de lo que Cahal había contado acerca de Pouldearg a la pareja de españoles. Con los cincuenta euros rondándole por la cabeza, habría considerado una falta de inteligencia por su parte permitirse revelar que el milagro atribuido en su día a la estatua de Pouldearg carecía de fundamento. Los españoles habían oído llamar a la estatua Nuestra Señora de las Lágrimas, así como Nuestra Señora de la Vera del Camino y Santa Virgen de Pouldearg, en una taberna de Dublín, de boca de un hombre con quien habían entablado conversación. Cahal se lo hizo repetir un par de veces antes de captar qué decían, pero al final le pareció entenderlo. No sería difícil alargar el viaje ocho o diez kilómetros, y si los habían confundido con los nombres dados a la estatua en Dublín, no era problema suyo. A las siete y cinco, después de tomarse un té y ver un rato la televisión, fue en coche a la entrada del hotel Macey. Esperó allí como habían quedado. Ellos aparecieron casi de inmediato.

Se sentaron muy juntos en el asiento de atrás. Antes de arrancar, Cahal les dijo cuánto les costaría y ellos asintieron. Cruzó el pueblo, tranquilo como siempre a esa hora. Algunas tiendas permanecían aún abiertas y así seguirían durante unas horas —el quiosco y el estanco, las confiterías y los pequeños comercios de alimentación, el supermercado de Quinlan, todas las tabernas—, pero las calles se hallaban en calma.

—¿Están de vacaciones? —preguntó Cahal.

No entendió gran cosa de su respuesta. Hablaron los dos, corrigiéndose mutuamente. Tras muchas repeticiones,

creyó comprender que iban a casarse.

—Vaya, eso es estupendo —dijo.

Tomó por la carretera de Loye. Detrás, hablaban en español. La radio no funcionaba, o la habría encendido para que le hiciera compañía. Cahal conducía un Ford Cortina negro con doscientos cincuenta mil kilómetros a cuestas; su padre lo había aceptado como parte del pago de una reparación. Lo utilizarían hasta que venciera el impuesto de circulación y entonces lo apartarían para aprovechar las piezas. Pensó en explicárselo para que no lo tomaran por un hombre sin gran cosa que contar, pero sería demasiado difícil. En los Hermanos Cristianos lo habían catalogado como un niño sin gran cosa que contar, y eso se le había quedado grabado, razón por la que a veces le preocupaba que la gente lo considerara corto de entendederas. Siempre que podía, intentaba desmentirlo haciendo algún comentario.

—¿Piensan quedarse mucho tiempo? —preguntó, y la chica dijo que habían estado dos días en Dublín.

Cahal repuso que él también había visitado Dublín unas cuantas veces y anunció que en adelante el terreno era montañoso, hasta llegar a Pouldearg. El paisaje era precioso, comentó la chica.

Tomó el desvío en los dos árboles secos, aunque siguiendo recto también habría llegado y tardado más, pero era una carretera con muchos baches. Aquél era un buen coche para la montaña, comentó el hombre, y Cahal, contento de haberlo comprendido, señaló que era un Ford. Al final acabaría acostumbrándose, pensó; con un poco más de práctica, pillaría el truco y los entendería.

—¿Cómo se dice en español? —preguntó por encima del hombro—. Estatua.

—*Estatua* —contestaron los dos al unísono—. *Estatua* —repitieron.

—*Estatua* —repitió Cahal, cambiando de marcha para subir la cuesta de Loye.

La chica batió palmas y Cahal la vio sonreír por el retrovisor. «Dios, una mujer así —pensó—. Dame una mujer así», se dijo, e imaginó que iba solo con ella en el coche, que el otro no estaba allí, que no había ido a Irlanda con ella, que no existía.

—¿Se habla aquí de santa Teresa de Ávila? ¿Se habla de ella en Irlanda? —Sus labios se abrían y cerraban en el retrovisor, los dientes relucían y por un momento asomó la punta de la lengua. Había formulado la pregunta con la misma claridad que cualquiera.

—Sí se habla, claro que sí —aseguró él, confundiendo a santa Teresa de Ávila con la santa Teresa famosa por su humildad y atención a los pequeños detalles—. Es estupenda —dijo, atribuyéndoselo también a ésta—. Estupenda de verdad.

Para su decepción, volvieron a hablar en español. Cahal salía con Minnie Fennelly, pero no cabía duda de que su pasajera la aventajaba. En su imaginación, las dos caras aparecieron una junto a la otra; desde luego, no había comparación posible. Pasaron ante las casas de campo al otro lado del puente, y a partir de ese punto la carretera fue una sucesión de curvas y más curvas. Horas antes, la radio había anunciado chubascos, pero no había ni rastro de lluvia; era una tarde de octubre sin un soplo de brisa, ya cerca del anochecer.

—No faltan ni dos kilómetros —anunció sin volverse, pero ellos seguían hablando en español.

Si pretendían tomar fotografías, quizá ya no tuvieran suerte para cuando llegaran. Con tanto árbol, Pouldearg era un sitio oscuro. Se preguntó si Alemania habría marcado ya. Si el dinero le sobrara, habría apostado por los alemanes.

Antes de llegar a su destino, Cahal se detuvo en el arcén allí donde se ensanchaba y parecía seco. Por el movimiento del volante había advertido algún problema en la rueda delantera del conductor: el neumático perdía aire por la válvula. Debía de haber perdido 0,3 o 0,4 bares, calculó.

—No tardo nada —aseguró a sus pasajeros mientras rebuscaba detrás del asiento que ellos ocupaban, entre periódicos viejos, herramientas y botes de pintura vacíos, tratando de encontrar la bomba.

Por un momento pensó que quizá no estuviera allí, y se preguntó qué haría si la rueda de repuesto estaba deshinchada, como a veces ocurría cuando un coche procedía de un trueque. Pero la bomba sí estaba, así que añadió algo más de 0,1 bar al neumático parcialmente desinflado para poder seguir. Comprobaría la situación cuando llegaran al cruce de Pouldearg.

Una vez allí, ya no había bastante luz para fotografías, pero la pareja se acercó a la Virgen de la Vera del Camino, que estaba más ladeada de lo que Cahal recordaba desde la última vez que había pasado por delante, hacía poco más de un año. El neumático había perdido la presión añadida, y mientras ellos estaban ocupados decidió cambiar la rueda, tras verificar que la de repuesto no estaba deshinchada. Los oía hablar en español en todo momento, pese a que lo hacían en voz baja. Cuando regresaron al coche todavía estaba puesto el gato, de modo que tuvieron